

Notas indiscretas

por Luis MICHELENA

Siento dar la lata con el relato sin interés de mis pequeñas desgracias personales, pero me cabe alguna disculpa porque, puesto en el difícil trance anual de manufacturar unas líneas para nuestra revista, no se me ocurre otra salida. Y, como siempre hay precedentes clásicos para justificar cualquier barbaridad, me acogeré al patrocinio de nuestro Xenpelar que cultivó brillantemente (recuérdese «Mutilzarraren bizitza» o «Andre txarraren bentajak») el género tradicional de los oficios o estados. Lo malo es que a mí me falta ingenio para componer versos, además de oído y voz para cantarlos, por lo que no me queda otro medio de expresión que la prosa cotidiana.

No intento echar el agua fría del desengaño sobre la cabeza de algunos de los posibles jóvenes renterianos que sientan una decidida vocación por la lingüística. Los lingüistas puros, a juzgar por lo que uno oye, pululan por los Estados Unidos y por la Unión Soviética, para citar dos países extremos, pero no parecen encontrar terreno propicio entre nosotros, tal vez por razones de infraestructura. Por eso, aun en los raros casos de clara inclinación, uno tiene que buscarse recursos suplementarios en campos más o menos afines, como la filología, la crítica literaria, etc., si no escribe novelas o comedias de sabia construcción, pero de escaso éxito. No hay, pues, mayor motivo para que esta confesión no sea sincera.

Un lingüista es, en primer lugar, una persona que suele decepcionar a sus conocidos cuando llega el momento de prueba. La gente piensa, no sin alguna razón, que un lingüista, por definición, sabe lenguas: es decir, que sabe entenderlas y hablarlas en cantidad como el intérprete de un gran hotel. Ahora bien, no sé lo que pasa exactamente con los intérpretes, cuyos conocimientos acaso se exageran, pero todo el que ha asistido a un congreso de lingüistas ha podido comprobar que las dificultades con que tropiezan sus miembros para hacerse comprender mutuamente son, con toda seguridad, mayores que las que encuentran los asistentes a una reunión internacional de peluqueros de señoras. No hay, desde luego, inconveniente en que los iniciados sepan esto: lo malo es que a veces también llegan a enterarse los no iniciados.

Hace cosa de un año, unos amigos me arrastraron, a pesar de mis protestas —que atribuían sin duda, bien sin razón, a una modestia excesiva—, a acudir en socorro de un artista de circo, encallado en Rentería por falta de fondos. Pero el experto en cuestión —a pesar de sus habilidades como contorsionista, malabarista o danzarín en la cuerda floja, porque no llegamos a concretar ese detalle— sólo podía añadir tres cortas frases de italiano a su alemán nativo, con lo que el resultado de la entrevista fue aproximadamente el siguiente: la merma definitiva de mi prestigio, una considerable inversión de energía gastada en el lenguaje primitivo de la mímica, envuelta en sonrisas que trataban de ocultar la ferocidad de los sentimientos, y dos conferencias con Madrid puestas desde mi casa. Como compensación, obtuve la promesa —que posiblemente entendí mal porque fue hecha en alemán— de unas entradas para los niños cuando el circo viniera a San Sebastián. La factura de la Telefónica llegó con la puntualidad de siempre,

y también llegó el circo, aunque bastante más tarde: las que no vinieron nunca fueron las entradas.

Lo cierto es que un lingüista puede saber, por mal informado que esté, bastantes cosas sobre bastantes lenguas —vivas, muertas y algunas putrefactas, como suele decir un amigo mío—, pero eso no significa que domine prácticamente ninguna, como no sea la que posee desde niño y habla con fluidez y soltura, si no es tartamudo, cosa que también sucede alguna vez. Incluso para traducir un escrito, su posición puede no ser muy distinta de la del clásico chico de bachillerato en posesión de un saber completo de las declinaciones y conjugaciones latinas que, enfrentado con un texto, pide ayuda al cielo, hojea febrilmente un grueso diccionario, se líe la manta a la cabeza y traduce (ejemplo casi literalmente auténtico) «Los cartagineses violaron en una fosa a veinte mil legiones del planeta Marte.» Siento un cordial agradecimiento por el profesor Chikobava de Tiflis, optimista incorregible, que me ha enviado importantes trabajos redactados en georgiano. Un día que andemos mejor de fondos habrá que comprar un atril donde colocarlos, a semejanza de aquel famoso en que el Petrarca adoraba su Homero griego, a falta de poder leerlo.

Con todo, pensará alguno, si los lingüistas no pueden asombrar a sus convecinos por su dominio práctico de varias lenguas modernas, podrán al menos inspirarles un cierto respeto a causa del misterio de sus conocimientos especializados. Esto, sin embargo, tampoco sucede, y por una razón sencilla. Las partículas elementales o las nebulosas espirales están envueltas para la mayoría de nosotros en un secreto inescrutable que preferimos acatar con reverencia antes que explorar imprudentemente. Aun bajando de la ciencia al arte —aunque noble— de la medicina, no somos pocos los que lo tratamos habitualmente con una ligereza volteriana. Pero, en cuanto las cosas empiezan a andar mal en nuestro interior, escuchamos al médico que hemos llamado con urgencia con el mismo temor religioso con que a orillas del Limpopo contemplan las piruetas del brujo exorcista de demonios. Claro es que somos legión, con la probable excepción de los carniceros, los que solo tenemos nociones borrosas acerca de la situación del bazo, para no hablar del apéndice xifoides, suponiendo que tal ente pueda existir en parte alguna. Pero el lenguaje, caramba, todos sabemos lo que es, ya que venimos usándolo desde niños, y no vamos a consentir que ningún petulante maestrillo venga a darnos lecciones sobre él.

Y, si sabemos lo que son las lenguas, también creemos saber cómo cambian en el tiempo y en el espacio. De aquí que si un lingüista tiene la mala ocurrencia de mencionar ante personas cultas y bien informadas por lo general lo que le parecen hechos evidentes, todo el mundo se le queda mirando como si estuviera enunciando paradojas por el estilo de «La Naturaleza imita al Arte» o «No es lógica lo que les falta a los locos, sino lo que les sobra».

Habría que dejar para otra ocasión el relato de por qué todo esto es todavía peor cuando la lengua en cuestión es la lengua vasca. Esperemos que entretanto, con todo un año de por medio, se me venga a la imaginación un tema más risueño y menos aburrido.